

INERCIAS Y PARADOJAS EN EL CAMPO DE ESTUDIOS DE LA COMUNICACIÓN O SOBRE LA CAPACIDAD COLECTIVA DE CUESTIONAR LOS FUNDAMENTOS SOBRE LOS QUE TRABAJAMOS



■ Raúl Fuentes Navarro.

Esta entrevista a Raúl Fuentes Navarro, profesor-investigador del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO, Universidad Jesuita de Guadalajara) y de la Universidad de Guadalajara, parte de la intención de hacer una evaluación del campo académico y científico de la comunicación en México, con algunas implicaciones en el contexto latinoamericano.

La charla fluyó durante una tarde del mes de junio de 2012 en la ciudad de Guadalajara, en la que Fuentes Navarro “pensó en voz alta” los temas de las utopías que nos hemos planteado por más de 30 años e hizo un balance pensando en el futuro. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (Nivel III) y miembro regular de la Academia Mexicana de Ciencias, el entrevistado es un autor reconocido por su abundante y significativa obra repartida en varios libros y publicaciones académicas sobre el campo académico de la comunicación en México, la enseñanza y la investigación de la comunicación en América Latina.

■ E-mail: raul@iteso.mx

■ Por: Vicente Castellanos Cerda

Profesor – investigador del Departamento de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa, México.

Yo veo ahora un rasgo muy fuerte que tiene mucho sentido al compararlo con hace 30 años (...): las decisiones y las políticas nacionales de comunicación parece que no las piensa nadie.

Raúl, si iniciaras tus estudios acerca de la comunicación justo el día de hoy, ¿cuál sería tu impresión de los avances, pendientes, temáticas, intereses, grupos, personas, en suma de la complejidad de este campo de estudio?

Yo veo ahora un rasgo muy fuerte que tiene mucho sentido al compararlo con hace 30 años, un rasgo muy claro de inercia: las decisiones y las políticas nacionales de comunicación parece que no las piensa nadie. Suceden sólo porque así ha sucedido en los últimos años. Es difícil encontrar iniciativas institucionales que traten de contrarrestar las inercias de ciertas tendencias y discursos. Esa característica me llama mucho la atención y me desespera un poco porque tengo la impresión de que se han dejado de intentar

cosas que de todos modos cuando se intentaban tampoco cambiaban las realidades, pero al menos el movimiento tenía otro sentido, otra dinámica y dejaba otro tipo de aprendizajes.

Me molesta no sólo cómo se multiplican irremediabilmente los vicios, sino incluso también las virtudes. Por ejemplo, el dato del número de miembros del Sistema Nacional de Investigadores que hacemos investigación de la comunicación en México, refleja un crecimiento exponencial en los diez o quince años más recientes, que es menos de la mitad del tiempo de existencia del sistema, pero ese crecimiento parece ser automático. Cada vez es más fácil verlo: cuando tú ves que alguien publica tres artículos en una revista, sabes que el año próximo

seguramente va aparecer en el Sistema Nacional de Investigadores o va a ser promovido a un nivel superior. Entonces, las inercias también han impulsado algunas virtudes como la productividad académica y el reconocimiento formal de los investigadores de la comunicación, pero me preocupa que sean más producto de la inercia que de la iniciativa.

Haciendo una analogía a partir de lo que dices, es cómo si hubiéramos hecho un gran edificio, lo construimos, aprendimos a andar en él, lo habitamos y lo habitamos bien, pero ahí nos quedamos, parece estar estable.

Hay una sospechosísima estabilidad y confort para los incluidos, que aunque ofrece algunas cuestiones muy favorables, sigue siendo



En el origen de las carreras de comunicación, no sólo en México pero me quedo aquí, se aunaban ambas condiciones: una rebeldía muy radical, y una muy fuerte capacidad de imaginación.

sospechosa, porque es una condición que no se origina, por supuesto, en el campo de la comunicación, sino en un espacio institucional más amplio; creo que todo el sistema de educación superior e investigación científica en México tiene esa característica de inercia conformista.

En contraste, los referentes sociales de la comunicación son exactamente lo contrario. Los cambios en los objetos de estudio, en los escenarios de la comunicación, son verdaderamente impresionantes y no se pueden explicar en términos de inercia. Si acaso las políticas se pueden explicar así, pero las prácticas, los desarrollos, las innovaciones, no. Esta relación de una academia muy instalada en las inercias para estudiar una serie de objetos, unos sistemas que están moviéndose de maneras sorprendentes, me parece especialmente preocupante. Probablemente un politólogo podría decir lo mismo sobre la política, pero yo lo digo con respecto a la comunicación.

En este sentido, ¿qué es lo que consideras que no hemos hecho los estudiosos de la comunicación?

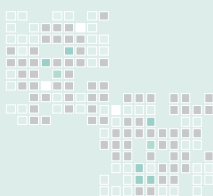
Volver a ponernos como comunidad realmente creativos y radicales al mismo tiempo, porque en las últimas tres décadas nos hemos puesto creativos y nos hemos puesto radicales, pero no al mismo tiempo. En el origen de las carreras de comunicación, no sólo en México pero me quedo aquí, se aunaban ambas condiciones: una rebeldía muy radical, y una muy fuerte capacidad de imaginación. Era como la búsqueda de una concreción al lema del 68 francés: “la imaginación al poder”. Ahora no veo eso; veo impulsos de creatividad, impulsos de imaginación o impulsos de radicalidad o de terquedad, pero no juntos. Y creo que es importante esa combinación “heurística” de la ciencia social: la conversación creativa entre rigor e imaginación.

¿Por qué no tenemos conciencia de las inercias?

Es que convienen, coinciden con intereses básicos. Yo creo que todo este sistema de creciente proteccionismo académico e institucional en el que vivimos y que disfrutamos los que no estamos excluidos, permite administrar la vida con bastante tranquilidad, a diferencia de lo que sucedía hace algunos años y que sigue ocurriendo con muchos de los jóvenes que intentan entrar al sistema académico, lo que es cada vez más difícil.

Me parece fundamental que nos comparemos con otras comunidades de científicos y, por ello, me gustaría saber qué es lo que nos está legitimando frente a otras comunidades que tienen un sistema eficiente que se mide con parámetros de productividad que todavía no tenemos del todo nosotros, como pueden ser las revistas indizadas, el factor de impacto, el número y la calidad de citas.

Estamos todavía culturalmente demasiado cercanos y dependientes de las comunidades de investigadores en ciencias



Es claro que en México y también en otros países del mundo se mantiene hasta la fecha la tensión sobre el valor que tiene publicar libros y capítulos de libros y no sólo artículos de journal en las ciencias sociales.

sociales, de la antropología, de la sociología, de la ciencia política, y todavía la plataforma que tenemos para la evaluación y el reconocimiento académico cae dentro de la categoría “sociología”. En eso no tenemos una condición tan diferente de la de los colegas investigadores de la comunicación que trabajan en países como Estados Unidos, Francia o Alemania.

Pero otra de las cosas que no hemos hecho es apropiarnos de los recursos de la comunicación científica: estamos todavía atrapados en el modelo del periodismo de los años 60, o antes, del siglo pasado, muy claramente definido como un modelo de difusión que pretendía ser masivo - aunque en México nunca ha habido prensa de masas -, y que estaba y sigue estando muy asociado imaginariamente a la influencia social, a la influencia política a través de la difusión periodística. Ese modelo nos ha impedido reconocer las condiciones y las articulaciones que puede tener el empleo de otros modelos y de otros medios de comunicación

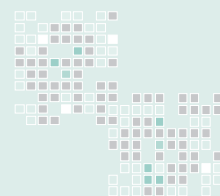
científica. Por ejemplo, los investigadores no nos leemos porque no ganamos nada leyéndonos. Ahí hay un rasgo de inmadurez estructural de nuestra comunidad, que tiene que ver también con la reducida escala que cubrimos: realmente no hay necesidad objetiva de aprender unos a otros. No es un problema de los individuos, es que no hay ninguna razón instalada e institucionalizada para que establezcamos debates entre nosotros, para que podamos disputar la “verdad”, la verdad relativa y con minúsculas, para que podamos, diría Bourdieu, estar realmente inmiscuidos en la lucha por la legitimidad interna, por la imposición de nuestras normas científicas.

Hay por ahí un rasgo cultural que nos hace hermanos de sangre en toda la tradición iberoamericana y es el hecho de que expresar de frente una discrepancia es tomado como una declaración de guerra y quien tenga más fuerza acabará ganando con la destrucción total del enemigo, no con el convencimiento del interlocutor

crítico. Esa cultura autoritaria, muy arraigada entre nosotros, es muy fuerte y tendríamos que remontar voluntariamente, o con un acuerdo colectivo, este tipo de inercias, este tipo de tendencias.

Quizá por ello no hemos podido consolidar iniciativas de institucionalización de medios de comunicación científica, sean revistas académicas o científicas. Todas las que hemos creado, con una o dos excepciones, han muerto sin haber dejado una historia gloriosa. Yo subrayaría el caso de *Connotaciones*, la revista de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación, instituida casi en el momento de la fundación de esta asociación, es decir, hace más de 30 años, que tenía la gran ventaja de ser una revista de la asociación y no de alguna universidad. Prácticamente todas las demás han sido o de universidades, las mejores, o de empresas.

Seguimos pensando la difusión, la diseminación, la comunicación científica interna y externa a la comunidad en términos muy simples, muy



Aunque sea muy cruda la respuesta, yo diría que no hay acumulación teórica, acumulación de conocimiento sistemático sobre la comunicación en América Latina, aunque tampoco en el mundo Occidental.

mecánicos. A los medios ya no los pensamos en los términos del periodismo de los años 60, pero a la comunicación científica sí. Por ejemplo, en la evaluación de la “productividad científica”, que parece llena de fantasmas. Cuando uno participa en los comités de evaluación de ciencias sociales, se encuentra el lugar común de que tenemos que evaluarnos con “criterios de biólogo”, lo cual no es cierto. Escuché decir una vez a un exdirector del Sistema Nacional de Investigadores que nunca había visto a un biólogo indicar a los sociólogos cómo se evaluaran. Sin embargo, dentro de la misma comunidad de investigadores sociales se mantiene la duda sobre la “cientificidad” de nuestro trabajo.

Es claro que en México y también en otros países del mundo se mantiene hasta la fecha la tensión sobre el valor que tiene publicar libros y capítulos de libros y no sólo artículos de *journal* en las ciencias sociales. Esta herencia que tenemos de las humanidades

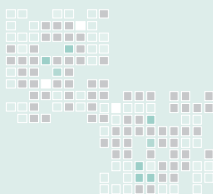
tiene un sentido histórico, pero también práctico, pues los libros y las revistas cumplen funciones diferentes y quizá complementarias: los artículos de *journal* se publican para que se citen y para que se sistematicen mecánicamente, mientras que los libros están hechos para leerse con cierta calma y esa es otra relación comunicacional entre los investigadores.

En México no hemos logrado construir un sistema de revistas científicas que nos mantenga comunicados, y considero que eso tendría que ser una parte fundamental en la consolidación de nuestra comunidad.

Para darle un respaldo más formal al debate académico, ahora habría dos facilidades: una es tecnológica, ya que puedes digitalizar y “subir” lo que quieras a internet, en plataformas accesibles universalmente; y dos, hay la disposición ya ganada por los editores de muchas revistas, por las instituciones editoras, de hacer esto abierta, libre, gratuitamente. Creo que esas dos condiciones están puestas ahí y

lo que faltaría es la concertación de los agentes interesados en ese sistema para concretarlo y usarlo. No es un sueño: me acuerdo de haber participado, antes de internet, en proyectos de documentación académica y de intercambio de publicaciones en redes latinoamericanas, que tuvieron efectos importantes, pero un alcance mucho menor al que puede imaginarse ahora. La revista *Diálogos de la Comunicación* de la FELAFACS fue una revista de muy buena calidad académica sin haber hecho nunca arbitrajes “doble-ciego”, porque había criterios suficientemente rigurosos como para mantener un nivel de calidad muy aceptable y muy homogéneo, pero era una revista distribuida en soporte de papel. Curiosamente, cuando se convirtió en una revista meramente electrónica perdió mucha de la importancia que había tenido en el continente y más allá del continente latinoamericano.

A propósito, a mí me gusta mucho la historia de *Comunicación y Cultura*, que fue



Estamos en mundos diferentes y eso nos hace tener, a los académicos, condiciones de desventaja. Sí, tenemos la radicalidad, pero ya es muy difícil juntarla con la imaginación, y viceversa.

probablemente la primera revista propiamente latinoamericana de comunicación, entre las tres o cuatro que ha habido, muy sostenida por factores míticos pero también por el trabajo y la convicción de un proyecto bien claro. Es una revista que dejó de publicarse teniendo el financiamiento resuelto (en el México de los años ochenta) para los siguientes tres años por lo menos. No conozco otro caso como éste, en que los propios editores decidieran dejar de publicarla y utilizar el dinero, que ya tenían, para re-publicar todos los números pasados y declarar con un argumento muy fuerte por qué ya no le veían futuro a la revista, por qué el futuro no correspondía con el proyecto. Estudiar casos como estos nos ayudaría mucho a encontrar claves para hacer estas redes de intercambio académico, para aprovechar los recursos que sí tenemos y que antes no había.

¿Qué temas y perspectivas teóricas son en nuestros días totalmente prescindibles y, en contraste, cuáles se deben

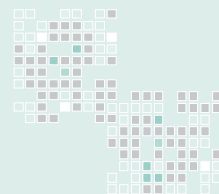
rescatar como “pensamiento clásico” comunicacional?

La respuesta a esa pregunta es terriblemente difícil pero ya no puede uno darle la vuelta. Aunque sea muy cruda la respuesta, yo diría que no hay acumulación teórica, acumulación de conocimiento sistemático sobre la comunicación en América Latina, aunque tampoco en el mundo Occidental. En Estados Unidos hay todo lo que quieras, menos eso; en Inglaterra, en Francia, en Alemania, están bastante más lejos aún. No es una cuestión de primer mundo y tercer mundo,

Visto desde el “primer mundo”, lo que ocupa el lugar de la teoría es vergonzosamente no teórico. Digo que es vergonzoso reconocer que eso se ha considerado teoría, porque hay indistintamente modelos y creencias y también ofertas de sentido, digamos más abstracto, préstamos “bajados” muy poco cuidadosamente de la filosofía o de las ciencias sociales. La discusión se centra en ese vacío teórico, que en México era algo

que se planteaba ya en los años 70. En la UNAM especialmente, ya había profesores que decían: “el rey está desnudo”, si bien lo decían en términos marxistas no siempre muy claros. Veo, en resumen, una deformación muy fuerte y muy profunda de lo que es la teoría, y sobre todo de lo que es la teorización. Entonces, una teoría que se concibe totalmente despegada de la práctica de la investigación y de la práctica comunicacional, de la práctica social, no sirve para consolidarnos como una comunidad científica dedicada al aporte sobre comunicación.

Otro aspecto es el uso de otros recursos que no son ni tendrían por qué pretender ser teóricos; en los años 70 se hubiera dicho “ideología” pero ahora no se dice así, probablemente porque los de ahora son discursos de mucho más bajo nivel de abstracción que los grandes modelos ideológicos del siglo pasado. Para vender teléfonos celulares y contratos, la teoría es una cosa muy sencilla; para sostener candidatos a la presidencia de la República, la teoría aplicada a la política es



Nos hace falta más discusión, más debate, es decir,
más comunicación interna constitutiva pero probablemente
al mejorar eso no nos mejoraría todo.

una cosa muy sencilla; mientras más sencilla mejor, para que la entiendan los candidatos y los vendedores de celulares. Si no tenemos la capacidad de discutir esto, se puede convertir en una inercia que no detendremos fácilmente.

Pero yo creo que esta condición es prácticamente igual que hace 40 años; es decir, no creo que tenga que ver ni con el posmodernismo, ni con las “nuevas tecnologías de información y comunicación”, ni con los gobiernos del Partido Acción Nacional en México. Creo que es una condición constitutiva del campo académico que no sólo se puede analizar en México sino también en otros lugares. Probablemente en México lo que marca alguna diferencia es que el corte con la industria mediática fue más radical y más temprano. Es irreparable la ruptura con la industria, incluyendo a la industria de la investigación, que existe y está muy boyante y no hace competencia a la academia porque está totalmente en otro circuito. Estamos en mundos diferentes y eso nos hace tener,

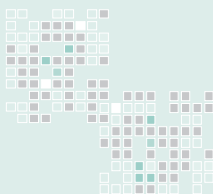
a los académicos, condiciones de desventaja. Sí tenemos la radicalidad, pero ya es muy difícil juntarla con la imaginación, y viceversa.

Sin embargo, seguimos ayudando a generar, no sé cómo, estudiantes que dicen “yo soy 132 y quiero la democratización de Televisa”. El mundo, a pesar de todo, todavía conserva muchas sorpresas. Sí, claro, en este movimiento no todos son estudiantes de comunicación pero la mayoría sí y el discurso es de estudiante de comunicación. Por lo visto, ahí está la evidencia también de que si hace 40 años hubiera habido *hashtags* y *Twitter*, seguro que hubiéramos sido más de 132 con ese discurso de “no al PRI y no a Televisa”.

A lo mejor porque hemos tenido esa capacidad de proporcionar a la gente, a los estudiantes en este caso, una serie de herramientas conceptuales para analizar su entorno y que esto se note y se haga público me parece importante. De repente vemos el discurso académico en la

sociedad, está en los medios, está en 140 caracteres, y eso se debe a que estas personas tienen un marco conceptual diferente que se lo apropian y apuestan a una forma de vida más democrática, a una causa. Pero para concluir esta parte me gustaría que me dieras tu opinión, un poco pensando otra vez en todo aquello que a lo mejor nos falta ¿qué es lo que los estudiosos de comunicación tendríamos que estar volteando a ver, qué están haciendo en otras disciplinas y qué es necesario que hagamos nosotros?

Deberíamos estar haciendo muchas cosas, pero yo me centraría en una que es una paradoja, es como una serpiente que se muerde la cola: nos hace falta más discusión, más debate, es decir, más comunicación interna constitutiva pero probablemente al mejorar eso no nos mejoraría todo. He visto relaciones de competencia destructiva feroz, más típica de los modelos de campo científico en otras disciplinas y no entre nosotros, que somos demasiado amables y cordiales, incapaces de golpearlos con el pétalo de una



Actualmente, lo que se ve en los más de mil programas de licenciatura que hay en el país, son restos de los tres modelos que se mantienen revueltos con otra serie de cosas.

rosa, al menos de frente. Pero eso es otra cosa, que daría para un psicoanálisis, y no es por ahí lo que digo: ahora no me refiero a intensificar el debate, sino a tener capacidad colectiva de cuestionar los fundamentos sobre los que trabajamos todos, los críticos y los no críticos, los que discuten y los que no discuten, la autoconciencia de comunidad, como campo, como agentes de una cierta identidad, eso me parece que es pobre.

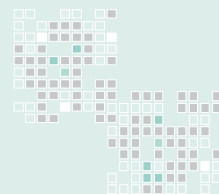
Paradójicamente, donde con más agudeza se ha logrado mantener esta autoconciencia durante 50 años es en Estados Unidos. Cuando uno sigue las polémicas epistemológicas y políticas del campo académico, todas tienen, si no su origen sí su desarrollo y concreción y sus consecuencias, en Estados Unidos. Si no pasa por la academia estadounidense, ni nos enteramos, claro, si estamos atentos. ¿Por qué? por densidad de estructura. En contraste, en México estamos en una condición en cierta manera envidiable, porque no estamos sometidos a esa presión

realmente fuerte; allá o en Europa sobrevivir en el ambiente académico es más significativo y meritorio.

Lo que señalo entonces es la capacidad de recuperar lo no evidente, de someter a preguntas científicas, sociales, nuestra propia práctica. Por ejemplo, ¿por qué nos conviene sostener lo qué sostenemos? o ¿cómo se distribuyen las consecuencias, aunque sean mínimas, del discurso científico reproducido, especialmente, con respecto a los estudiantes? Existen miles y están en toda clase de establecimientos de educación superior, desde los más serios y radicales de la educación pública hasta el otro extremo, que son en realidad dos: el extremo ideológico de la ultra derecha y el extremo populista y mercantil, donde está la mayoría de las escuelas de comunicación, que venden simulacros de educación superior.

A lo largo de la historia de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación me han invitado tres o cuatro veces a hablar sobre la asociación en la asociación. Y

lo he hecho con mucho interés, porque me parece importante. Pero me gustaría más si eso se pudiera dar con los estudiantes, en las escuelas, si hubiera más profesores que pusieran la mirada autorreflexiva en su propio trabajo. No necesitas ser un profesor de teoría, basta con que seas un profesor y que tengas estudiantes y hables de las preguntas que hemos cultivado durante muchos años, preguntas como: ¿tendrían razón los alemanes, que siempre dijeron que los estudios de comunicación deberían ser de posgrado y no estudios profesionales? ¿habría que tener profesionales formados universitariamente, que luego aprendieran comunicación en un segundo nivel? Los alemanes siempre han sostenido eso y nadie en el mundo les ha hecho caso. Yo me cuestiono qué pasaría si los estudiantes de posgrado, con quienes he trabajado en los últimos 20 años, no hubieran sido deformados en las escuelas de comunicación para entender la comunicación...



El posgrado para mí tiene su mejor manifestación
cuando implica el regreso a la universidad desde alguna zona
de los mercados de trabajo profesional.

¿Se podría considerar que las licenciaturas en ciencias de la comunicación han fracasado en sus intenciones originales, sea para formar intelectuales, investigadores, periodistas o comunicadores para la transformación cultural?

No, definitivamente no, para el campo, para el país, ¡no! Aunque para muchos de los sujetos, como individuos, lamentablemente sí. Sigo sosteniendo que la carrera de comunicación en México se fundó 3 veces: como carrera de periodismo en los años 50, como carrera humanista en los 60 y en los 70 como una carrera de ciencias sociales. A partir de 1974, que fue el año de la fundación de la Universidad Autónoma Metropolitana, yo digo que todo es reciclaje de los mismos elementos. ¿Por qué nunca se fundó un cuarto modelo? Porque se acabaron los 70, porque las universidades se dedicaron a crecer y a administrar el caos del crecimiento. Cuando se fundó la UAM había 350 mil estudiantes universitarios en el país. Ahora hay más de dos millones y medio.

¿Que ofrecía el modelo de Ciencias y Técnicas de la Información de la Universidad Iberoamericana? Nada menos que el cambio social por medio de la cultura. El modelo Sánchez Villaseñor ofrecía la conexión formativa de la filosofía y las humanidades con lo concreto de la vida cotidiana y la promesa emergente de los medios masivos. Para trabajar en los medios había que formarse con una visión muy amplia, basada en la filosofía. No puedes decir que lo que se ha hecho sobre ese proyecto sea un fracaso; no, es un legado importantísimo.

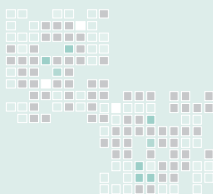
Yo creo que el periodismo mexicano en los años 50 y 60 era muy malo – y sigue siendo muy malo –, pero le daba importancia a la opinión pública, a la esfera pública, lo que ahora resulta muy valioso. Es importantísimo también el modelo humanista, pues se conectó con la industria y logró espacios de influencia muy fuerte. Aunque lo realmente importante es cuando se inventa el modelo de la comunicación como ciencia social en las universidades públicas: se

inventa en la UAM y de ahí se traslada muy complicadamente a la UNAM. Cuando la UNAM aceptó que era parte de ese círculo de escuelas de comunicación, fue muy significativo.

Actualmente, lo que se ve en los más de mil programas de licenciatura que hay en el país, son restos de los tres modelos que se mantienen revueltos con otra serie de cosas, como la acreditación, la democracia, la inercia de los miles de estudiantes. ¿Por qué quieren estudiar comunicación?, ya ni siquiera es porque no hay matemáticas, ya ni siquiera es porque quieren salir en la televisión. Pero están ahí y concretan el multifacético presente del campo.

Con esta claridad que tienes del contexto histórico de la licenciatura, ¿qué pasa con el posgrado?

Me queda claro, como punto de partida, que a pesar de todo hay mucha gente de mi generación y de tu generación trabajando en la industria y



Si una proporción mayor de los estudiantes del posgrado fueran esos sujetos que vienen a reciclar sus preguntas, entonces sucedería una experiencia riquísima.

algunos muy respetablemente. Sin embargo, hay un reto producido por la desconexión entre la academia y la industria de la comunicación en México, que tiene que ver con el posgrado. El posgrado para mí tiene su mejor manifestación cuando implica el regreso a la universidad desde alguna zona de los mercados de trabajo profesional. El regreso de ser cineasta, de ser lector de noticias en la televisión o reportero, gerente de comunicación interna de una empresa, lo que sea... el regreso que hace ver lo que le falta a la formación profesional y desde ahí hacer la siguiente pregunta para integrar lo nuevo. Se trata de trabajar las preguntas del profesional, que deberían ser muy densas y que sobre todo tendrían que ser preguntas éticas.

Si una proporción mayor de los estudiantes del posgrado fueran esos sujetos que vienen a reciclar sus preguntas, entonces sucedería una experiencia riquísima. Pero la inercia es que vengan sobre todo desempleados recién egresados, cuya única experiencia es haber sido estudiantes de comunicación

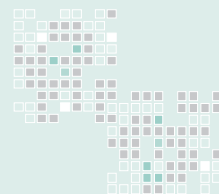
para seguir siendo estudiantes de comunicación, pero además ahora becados. ¿Cómo le hacemos para resistir eso? Los sujetos no tienen la culpa, al contrario, pero es importante no perder la oportunidad de que los profesionales se reciclen, porque una persona con formación universitaria y con experiencia profesional, es decir, competente para la reflexividad, puede hacer mejores apuestas sociales. Frente a los estudiantes que tienden a predominar, adolescentes inexpertos, los que estamos fuera de lugar somos muchos de los profesores.

En general, hay demasiados estudiantes de licenciatura, y demasiado pocos de posgrado. No llegan a mil los estudiantes de posgrado de comunicación en México, cuando hay por lo menos 75 mil de licenciatura. Esa proporción de uno a setenta y cinco es muy desventajosa para el estudio y profesionalización de la comunicación. Necesitamos tener programas de posgrado más densos, en apuesta académica y en cantidad.

¿El conocimiento que hemos generado ha incidido de alguna forma en las decisiones de los poderes políticos, económicos o mediáticos de nuestra región?

En general no, porque tenemos una cultura política y un gobierno que no le dan importancia a lo que digan la academia o la ciencia. No hay reconocimiento gubernamental en prácticamente ningún sector, a pesar de casos críticos extremos como el de la seguridad pública en México. Hace casi 20 años, con ocasión de mi tesis de doctorado, entrevisté a un colega muy destacado, quien ante mi pregunta sobre la influencia pública de la investigación académica de la comunicación, me dijo: “es evidente que la investigación académica no tiene ninguna influencia ni siquiera en la academia, ¿por qué habría de tenerla más allá?”.

Tal vez la idea de la incidencia social tenga su origen en el modelo de periodismo de la licenciatura, queremos ser útiles a la sociedad, aunque no sepamos por qué. Finalmente, Raúl,



Las universidades se han convertido muy rápidamente en instituciones burocráticas por encima de cualquier otra cosa, y conecta muy bien ese burocratismo con el autoritarismo del pensamiento de Estado y con el mercantilismo irresponsable.

¿Cuál es la agenda para seguir “pensándonos” los estudiosos de la comunicación?

Yo creo que es la misma. Recordarás que cuando la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación cumplió 30 años, en 2009, me arriesgué a decir que el proyecto era el mismo 30 años después y que la única diferencia es que había mejores condiciones para hacer un poco más realizable el proyecto original. Eso dije en la conferencia inaugural del encuentro y dudé mucho, pues también hubiera podido decir que lo viejo es viejo y hay que inventar otra cosa. Hubiera tenido buenos argumentos para hacerlo así, pero ahora te confieso que sigo creyendo que el proyecto está claro, que la investigación de la comunicación debe buscar la incidencia pública sobre la base de su consistencia científica y su responsabilidad colectiva. El proyecto es el mismo, aunque

han cambiado muchas de las circunstancias superficiales del entorno y también algunas cuestiones estructurales, pero éste sigue siendo básicamente el mismo país que hace 30 años, y en ese sentido los retos son los mismos.

En este contexto, habría que reforzar todo lo que se pueda el sentido universitario en las universidades, que se ha perdido mucho. Las universidades se han convertido muy rápidamente en instituciones burocráticas por encima de cualquier otra cosa, y conecta muy bien ese burocratismo con el autoritarismo del pensamiento de Estado y con el mercantilismo irresponsable. Eso hay que combatirlo por dentro, enfatizar el sentido educativo de la relación con los estudiantes, el sentido público pero no de divulgación de lo que uno puede decir. A mí nunca me ha interesado tener espacios en la

televisión o en el periódico local, pero sí me interesa que lo que yo trabajo se conozca y se discuta académicamente, porque mi responsabilidad está adentro del campus y del campus a donde me inviten, que es una extensión del mío.

Finalmente, es una cuestión de optimismo crítico, aunque cada vez haya menos elementos de inercia para sostenerlo. Aunque no sepamos qué va a pasar en este país después de las elecciones de dentro de quince días, hay que ser optimistas. Ése es el eje más claro que tengo ahora que cumplí 60 años, que llevo 34 años trabajando en lo que trabajo, que espero seguir ocupando mi plaza académica un poco más de tiempo, antes de jubilarme, y seguir teniendo el mismo sentido que hace más de 40 años, cuando entré a estudiar comunicación porque me “vendieron” la carrera del futuro y la compré, y no me ha defraudado.

